



LA PUREZA DE LA VIDA DE AMOR

*Cor mundum crea in
me, Deus.*

«Crea en mí ¡oh Dios!
un corazón puro.»

(PSALM. L, 12)

I

ENTRE todas las virtudes hay una sin la cual ninguna de las demás vale nada: esta virtud es el estado de gracia; la virtud, el hábito del estado de gracia. De ella necesitamos absolutamente para agradar á Dios, para vivir en Él. El estado de gracia es necesario para poseer la eficacia de la vida apostólica, así como la de la vida contemplativa; sin él todas las virtudes son como diamantes perdidos en el cieno. El manjar en un estómago enfermo, lejos de dar la vida, le daña; el que ofrece á Dios un cádaver hediondo, ¿podrá creer que le ofrece una víctima de olor agradable? ¿Y qué otra cosa somos nosotros cuando no estamos en estado de gracia?

Este estado es indispensable para que Dios pueda amarnos y otorgarnos su gracia. Es verdad que Dios

no nos ama porque nosotros seamos dignos de su amor, y que no ama á nuestras obras en tanto que proceden de nosotros. ¿Qué somos nosotros en sus divinos ojos? ¿Qué cosa buena pueden dar de sí un cuerpo y un alma manchados por la culpa? Sólo algún bien meramente natural, cuando más; pero de sobrenatural, nada. Lo que Dios ama en nosotros es su gracia, su santidad, que se refleja en un corazón puro. No se necesita de ninguna otra cosa para satisfacer las miradas de Dios. Cuando un niño ha recibido el bautismo, ¿no es por ventura objeto del amor de Dios? No posee virtud ninguna adquirida, pero es puro, está en gracia: Dios se mira en la gracia que adorna su corazón; se recrea en el aroma de esta delicada flor y espera que ha de producir exquisitos frutos.

En los adultos lo que Dios ama sobre todo es también el estado de gracia, ese estado de pureza adquirido en el baño de la sangre de Jesús: toda nuestra hermosura consiste en estar en gracia. Tal estado es el reflejo de Jesucristo en sus Santos. Jesús se contempla en el alma de los justos, como el Padre Eterno en su Verbo. Pero cuando el alma está en pecado, Dios no puede mirarse en ella. ¿Cómo ha de mirar con agrado al verdugo de su divino Hijo? El mal nunca es digno de amor. Cuando estamos en pecado, Dios no puede amar nuestro estado: su bondad misericordiosa empieza purificándonos, y sólo entonces nos atestigua su amor, y nosotros podemos ser objeto de sus miradas. La primera razón que tenemos para mantenernos en estado de gracia es, pues, que, mediante tal estado, somos amados de Dios y agradables á sus divinos ojos.

II

¿Qué habran de hacer entonces los adoradores que con tanta frecuencia vienen á postrarse á los pies de Jesús y á estar en su compañía? ¿Ha de mirarlos Jesús como á enemigos suyos? Sea, pues, vuestra alma su imagen viva, si queréis que El os reciba con agrado. Cuando venis á adorarle, lo primero que debéis hacer es lanzar de vosotros al demonio tomando agua bendita y haciendo un acto de contrición. Deber es éste que tanto obliga al pobre como al rico. Si estuviéramos poseídos del espíritu de fe, en pesando sobre nuestra conciencia algún pecado, ya no nos atreveríamos á entrar en la iglesia ó nos quedaríamos cerca de la puerta, como el publicano. ¿Pero no habríamos de poder entrar ya nunca con confianza? Purificaos, y luego entrad. El pecador que no se atreve á presentarse á Dios en la iglesia, discurre rectamente; aunque de cierto obra mal si no recurre á la penitencia; pero en el fondo este sentimiento de temor es legítimo.

El estado de gracia debería ser nuestra virtud predilecta. Notad cuál es en este punto el espíritu de la Iglesia. Sus sacerdotes son reputados por santos, pues representan á Jesucristo y van á renovar las maravillas que en otro tiempo obró Nuestro Señor. Sin embargo, la Iglesia les obliga á detenerse á los pies del altar, á postrarse allí, humillándose y confesando sus pecados, á obtener, por decirlo así, el perdón del que le ayuda la Misa, que ordinariamente es un niño, el cual le dice: «Compadézcase de ti el Señor omnipotente! *Misereatur tui!*

Cuando venis á la adoración venis á hacer el ofi-

cio de los ángeles. Sed, pues, puros como ellos. El que viene á adorar á Jesús teniendo la conciencia manchada, le insulta. La Escritura misma lo dice: *Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?* Dice Dios al pecador: «¿Cómo te atreves á narrar mis alabanzas y á referir mis promesas, teniendo la boca manchada?» Si queréis, pues, adorar al Señor, sed puros.

¿Se atreverá á presentarse ante el purísimo Jesús un alma hedionda como un cadáver? Yo te ruego que no desprecies á Nuestro Señor viniendo á adorarle con conciencia manchada de pecados.

Pero el demonio intenta engañarnos: ejercitamos con diligencia leves actos de virtud, mientras que descuidamos la pureza de nuestra conciencia. Mas ¿qué cosa es un acto de virtud? Todo acto de virtud es un fruto; la raíz es la parte que sustenta al árbol y hace que dé frutos; procurad, pues, que la raíz esté sana. El Señor recibe con agrado las alabanzas que salen de la boca de los niños, porque proceden de un corazón puro.

Examinemos estos conceptos. Decid con frecuencia. Cuando adoramos al Señor representamos á la Iglesia, á toda la familia de Jesucristo; somos abogados de los pobres y de los pecadores, é intercedemos por ellos: ¿cómo hemos de atrevernos á pedir á Dios que los perdone, siendo nosotros pecadores? El Señor sólo mira una cosa: la pureza, el estado de gracia. No ignoráis la respuesta que dió el ciego de nacimiento á los fariseos que intentaban demostrarle que Jesucristo era un pecador: «No sé si es ó no pecador; lo que sé es que me ha sanado, y Dios no escucha á los pecadores.»

¿Por qué aplacaban la divina cólera los Santos, sino porque eran en los ojos de Dios víctimas puras, embellecidas con la pureza de su Hijo, que es el Pontífice puro, inocente y sin mancha?

III

¿Qué hemos, pues, de hacer nosotros? Debemos amar sobre todas las cosas el estado de gracia, y no temer cosa ninguna tanto como á las ocasiones de pecar. ¡Es tan frágil el vaso en que llevamos nuestro tesoro! Por lo mismo siempre debemos desconfiar y estar muy en guardia. La misma Virgen María tembló en la presencia de un ángel. Debemos poner todos los medios para conservar la pureza de nuestra alma; debemos ser centinelas siempre vigilantes. Vigilemos, pues, sobre nuestros sentidos. Cuando estamos en las ciudades, tan pervertidas hoy día, debemos cubrir nuestros ojos con las manos para que la muerte no penetre por nuestras ventanas. Debemos decir continuamente: «En vuestras manos ¡oh Dios mío! pongo mi alma.» El ambiente de las ciudades está corrompido: en ellas reina el pecado, y los hombres se glorían en servirle: allí se respira una atmósfera que asfixia; las tentaciones que nos asaltan son allí más violentas: flotan en ellas nieblas de pecados, y nosotros las aspiramos sin querer. Vigilemos, pues, más y más sobre nosotros mismos.

Aquel que ha recibido mayores gracias, vigile más todavía. Aquel que ha recibido el don de oración, tema aún más que los otros que no le han recibido. No hay personas tan impresionables al frío

como las que vienen de países templados. Así, el que vive de Dios en la compañía de los ángeles y de los Santos, necesita de más activa vigilancia cuando está en medio del mundo. Por esto vemos almas piadosas caer torpemente. Estas almas han recibido la sagrada Comunión, han orado, y sin embargo caen; y caen porque no han vigilado lo suficiente. Eran como niños queridos que vivían en el seno de su familia, y no sabían que entorno suyo había fieros leones. Los Santos estaban siempre muy vigilantes, porque apreciaban en mucho sus riquezas y conocían su propia flaqueza. Cuanto más gracias poseemos, más expuestos estamos; cuanto más amados somos, más tenemos que temer.

Precioso es vuestro tesoro: merece que el demonio, que conoce su valor, se tome el trabajo de arrebatároslo; y el perderlo es cosa de un momento.

¿Y cómo puede ser esto? El que antes era tan santo, ha confiado excesivamente en sí mismo, se ha enorgullecido con sus gracias, ha presumido de la excelencia de su estado, y ha caído. ¿Creéis que porque Dios os ama con predilección y os colma de sus gracias, le amáis vosotros y merecéis su amor, y tenéis derecho á ser amados de Él? De ningún modo; los niños más amados son ordinariamente los que menos aman. No os confiéis, pues, en la santidad de vuestras costumbres y de vuestro estado. ¡En el cielo estaban los ángeles, y sin embargo muchos de ellos pecaron!

Nosotros tenemos inclinación á no mirar sino el honor que nos reporta el servicio de Dios, la gloria que de aquí se nos sigue, y á los que ocupan un lugar inferior al nuestro. Pero volvamos los ojos á nuestra miseria: las gracias extraordinarias que

Dios nos otorga, suponen una flaqueza de parte nuestra: pues Dios acude á nosotros con tanta solicitud y pone en torno de nosotros tantas barreras, claro es que somos muy frágiles. Este pensamiento hará que estéis muy en guardia contra vosotros mismos.

Vigilemos, pues, y no nos fiemos de nuestra santidad: considerad que el color blanco es el que más se destaca entre los demás colores, y que aun la más leve mancha se ve en él y lo empaña y oscurece. El color blanco es en nosotros un color prestado, que nos da Jesucristo: procuremos, pues, no mancharlo ni empañarlo.

Si eres más favorecido de Dios que los demás, teme más que ellos. ¿Creéis, acaso, que porque Dios os ama, sois también amados de Satanás? El demonio ve que procuráis ocupar el lugar de los querubines y de los serafines, y tiene envidia de vosotros.

Además, dirige sus asechanzas contra vosotros por burlar á la divina voluntad. «Ya que no pude rendiros á Vos—parece que dice á Jesucristo—destruiré por lo menos estos templos vivos.» Y se venga en nosotros de su impotencia contra el Salvador, que ha destruído su reino. ¿No sabéis que el que quiere llegar á la santidad debe estar preparado á sostener terribles combates y á resistir violentas tempestades? «Antes no me asaltaban tentaciones tan violentas,» soléis decir, y decís bien: antes no os temía el demonio. No os atemoricéis al ver que las tentaciones se redoblan cuando sois más celosos en el servicio de Dios. Si hubiera motivo para que nos pudiéramos gloriar de alguna cosa, éste sería el único: cuando el demonio os

asalta, será porque valéis el esfuerzo que emplea para rendiros.

Seamos, pues, puros: así nos quiere Jesucristo. Procuremos purificar cada día más nuestra cándida vestidura celestial. Seamos firmes en la fe; sepamos á quién servimos. Prueba de que carecemos de fe es nuestra falta de delicadeza para con Dios Nuestro Señor. Reprendámonos con frecuencia esta falta; seamos puros; extienda sus raíces en nuestro corazón la delicadeza, flor de la fe y del amor, y guíenos como soberana en todas nuestras comunicaciones con Jesús, que ama los corazones puros y se apacienta entre los lirios. El secreto de su soberana amistad es la pureza de corazón fielmente conservada: *Qui diligit munditiam cordis, habebit regem amicum.*



LA VIRGINIDAD DEL CORAZÓN

*Sicut liliū inter spinas,
sic amica mea inter filias.*

«Como el lirio entre las espinas, así es mi amiga entre las hijas de los hombres.»

(CANT., II, 2.)

El reinado del amor está en la virginidad del corazón: es figurado por la azucena que se eleva como reina en medio de las flores del valle.

El amor es uno: en partiéndose y dividiéndose es amor infiel. La verdadera unión consiste en darse mutuamente el corazón las personas que se aman. En el corazón es donde se hace la unión, y para simbolizar la pureza de esta unión, la esposa se viste de blanco.

Jesucristo nos pide nuestro corazón de una manera absoluta: quiere reinar en nuestro corazón Él solo, y no puede sufrir que lo dividamos entre Él y las criaturas.

Jesús es Dios de toda pureza: ama con singular

predilección á las vírgenes; á ellas les otorga sus favores y el singular privilegio de cantar el cántico del Cordero; las vírgenes son su corte privilegiada y le siguen á dondequiera que va.

Jesús sólo se une á los corazones puros: el efecto de esta unión es engendrar, conservar y perfeccionar la pureza, porque el amor de suyo es causa, entre los que se aman, de identidad de vida y de simpatía de afectos.

El amor huye de desagradar y procura agradar á la persona amada: lo que desagrada á Jesús es el pecado: el amor huye con horror el pecado, le combate con energía, y muere contento antes que pecar.

Esta es la historia de todos los Santos, de todos los mártires, de todas las vírgenes. Este es el sentimiento necesario á todos los cristianos: estar resueltos á morir antes que ofender á Dios.

No hay cosa tan delicada como la blancura de la azucena: aun el más leve átomo de polvo, el más leve soplo empaña su brillo; lo mismo es la pureza del amor. El amor es celoso por naturaleza.

El título que Dios prefiere sobre todos los demás, y el que nosotros debemos decir con más amor, es este: *Deus, cordis mei*. Dios de mi corazón. El corazón es el rey en nosotros: dirige la vida, es la clave de la posición. Así, todas las tentaciones del mundo van contra el corazón y tienden á conquistarlo; porque, una vez ganado el corazón, todo está ganado. Por esta razón nos dice la divina Sabiduría: «Hijo mío, custodia con toda vigilancia el corazón, porque de él procede toda la vida.» *Fili, omni custodia custodi cor tuum, ab ipso enim vita procedit.*

Jesús reina en el alma como señor, sólo por la pureza del amor.

Pero hay dos suertes de pureza en el amor de Jesucristo.

La primera es la pureza virginal, que procede como fruto natural del amor de Jesucristo. El alma que está poseída de este amor, anhela por consagrar su corazón á su Esposo; todo su corazón es para Él. *Ut sit sancta corpore et spiritu*. Es un lirio, y Jesús se apacienta entre lirios.

Jesús reina en su espíritu tranquilo y puro, donde sólo brilla su verdad.

Reina en su corazón, donde está como un rey en su trono.

Reina en su cuerpo, cuyos miembros todos le han sido consagrados y ofrecidos como hostia viva, santa, de olor agradable: *Ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem.*

Esta pureza constituye la fuerza del alma. El demonio tiembla en presencia de un corazón virgen; por una Virgen ha sido vencido el mundo.

¿Son muchos los corazones vírgenes que nunca han amado sino solamente á Jesucristo? Muchos debería haber si consideraran los hombres quién es Jesucristo. ¿Qué hombre, qué rey puede ser comparado con Él? ¿Quién hay más grande, más santo, más amante que Él? Verdaderamente la majestad real de este mundo no vale la majestad virginal de Jesucristo.

Muchos de estos corazones había en los siglos de persecución; muchos en los siglos de fe; los fieles sabían apreciar la honra de dar su corazón, de pertenecer solamente al Rey de los cielos. Todavía hay muchos hoy día, á pesar de la guerra que les hacen

el mundo y la sangre. Ángeles son que viven en el mundo, y mártires de su fidelidad. Los combates que tienen que sostener, los que les ofrecen el mundo y sus parientes, son terribles y pérfidos: no hay dardo que no sea lanzado contra ellos para arrancarlos esta corona de rey que han recibido de manos de su celestial Esposo.

Jesús recompensa la fidelidad de estas almas uniéndose cada vez más íntimamente con ellas: como es la suma pureza, las purifica incesantemente y las convierte en oro purísimo.

La recompensa que en el cielo recibirán será sólo para ellas. «He visto—dice San Juan, el Apóstol virgen,—he visto al Cordero en lo alto del monte Sión, y con Él las ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes que llevaban su nombre y el nombre de su Padre escrito en la frente, y cantan un cántico nuevo ante el trono del Cordero, cántico que sólo las vírgenes pueden cantar.» Son vírgenes, y siguen al Cordero dondequiera que va; porque están sin mancha ante el trono de Dios.

A los que no tienen la corona de la pureza virginal, les queda la pureza de la penitencia. Esta pureza es hermosa, noble y fuerte, reconquistada y conservada á costa de violentos combates y de los sacrificios más penosos á la naturaleza; fortalece al alma y la hace señora de sí misma. Es además el fruto del amor de Jesús.

El primer efecto del amor divino que toma posesión de un corazón arrepenido, es rehabilitarlo, purificarlo, ennoblecerlo y tornarlo digno de ser honrado.

Además, el amor le sostiene en los combates que tiene forzosamente que librar contra sus antiguos señores, contra sus hábitos viciosos.

El amor penitente ofrece un ejemplo magnífico; es una virtud pública mediante las victorias que alcanza y los lazos que rompe.

Sus victorias son sublimes: su triunfo completo consiste en hacer al hombre modesto.

Alcancemos, pues, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, este oro acrisolado en el fuego de la pureza, á fin de enriquecernos y de revestirnos de cándida vestidura, sin la cual nadie entra en el cielo. Este es el consejo de San Juan al Obispo de Laodicea: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum probatum, ut locuples fias et vestimentis albis induaris.*

¿Quién podrá subir á la montaña del Señor? El que es inocente en sus obras y quien tiene el corazón puro.

La gran obra de toda nuestra vida presente es purificarnos. En el reino de la santidad de Dios no puede entrar cosa alguna manchada: para verle, para contemplar el esplendor de su gloria, es necesario que los ojos de nuestro corazón sean enteramente puros. Si hubiera en nuestra túnica un átomo siquiera de polvo, no podríamos entrar en el reino de los cielos sin haberla antes lavado en la sangre del Cordero. La palabra que el Señor pronunció no pasará. «En verdad os digo que de toda palabra ociosa que hubieren pronunciado los hombres, tendrán que dar cuenta en el día del juicio.»

Es, pues, necesario, que nos purifiquemos constantemente. Antes que perder el tesoro de la pureza, sería mejor que huyéramos á un desierto, y nos condenáramos á vivir una vida de sacrificios; valdría más dejar todas las cosas, por bellas y buenas que sean. El salvar á todos los hombres no vale la

salud de tu propia alma. Lo que Dios quiere de ti, ante todo y sobre todo, es que tú te salves; sin esto, es nada todo lo demás.

Ya que no poseemos todas las virtudes sublimes y heroicas de los Santos, seamos al menos puros; y si por nuestra desdicha hemos perdido la inocencia bautismal, vistámonos de la inocencia laboriosa de la penitencia.

Sin la pureza no puede darse la vida del amor.



EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

*Qui adhaeret Domino
unus spiritus est.*

«El que está unido al Se-
ñor es un espíritu con Él.»

(I Cor., VI, 17.)

I

EXAMINÁNDONOS atentamente á nosotros mismos, no podemos menos de ver los esfuerzos que hace la parte natural de nuestro ser para dominar sobre nosotros: el espíritu procura incesantemente dejarse llevar de la superficialidad, de la movilidad, de la curiosidad natural; el corazón, de sus simpatías y preferencias; la voluntad, tan tenaz en las cosas que hace por su gusto y libremente, es débil para seguir las inspiraciones de Dios: el alma entera, aunque momentos antes haya estado tranquila y recogida en oración, en un instante se disipa y deja de pensar en Dios. Olvidase también de Dios en sus relaciones con el prójimo. Esta es la naturaleza no muerta, ni siquiera domada, ni bien sujeta, que á cada momento quiere exasperarse.

¡Pobre del árbol espiritual que no tiene raíces! Somos desdichadamente como plantas de estufa que no pueden ser expuestas al aire libre sin que se hielen y se marchiten. Lo cual prueba que nuestra vida interior es ficticia y artificial: vive bajo la acción del fuego de la oración, pero se hiela tan pronto como nos dejamos llevar de nosotros mismos ó nos dedicamos á obras exteriores.

¿Cuál es la causa de todo esto?

II

Dos son las causas. La primera, que fuera de la oración ninguna de las obras que hacemos nos alimenta espiritualmente. Cuando estudiamos, no es la devoción la que nos mueve al estudio, sino el celo y actividad natural; en nuestras relaciones con el prójimo nos disipamos, en vez de tomar de aquí ocasión de hacer algo por Dios. Nuestros diversos quehaceres son como fiebre que nos consume y debilita.

Sin duda es necesario trabajar, pero nutriéndonos de la virtud que hay en nuestro trabajo: obrando con espíritu de recogimiento, considerando en él el cumplimiento de la voluntad de Dios, y proponiéndonos, al empezar nuestro trabajo, honrar á Dios con él.

La segunda causa es que nos falta un centro donde retirarnos á reparar nuestras fuerzas, ó á renovarlas á medida que las vamos gastando. Nos deslizamos como un torrente, y nuestra vida es sólo movimiento y ruido como de pólvora.

Necesitamos pensar habitualmente en que Dios

está presente, ó en hacer su voluntad, ó en su gloria, ó en algún misterio, ó en alguna virtud. En suma: debemos estar poseídos de los mismos sentimientos de Jesucristo, vivir bajo sus miradas, sometidos á sus inspiraciones, como Él mismo vivía unido á su Padre. *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu.*

III

Esta unión de Jesucristo con su Padre se manifiesta en sus palabras y en sus obras. Se manifiesta en sus palabras cuando dice: «No os hablo de mí mismo.» *A me ipso non loquor.* «Todo lo que he oído á mi Padre os lo he manifestado.» *Qua cecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis.* Así Nuestro Señor no dice ni una sola palabra de sí mismo: oye al Padre, le consulta, y luego repite su divina respuesta con fidelidad, sin añadir ni alterar cosa alguna. Es la palabra del Padre: *Verbum Patris*, la repite con respeto, porque es santa; con amor, porque es gracia de su bondad; con poder, porque ella ha de santificar al mundo, ha de crearle de nuevo en la luz de la verdad, ha de encenderle en el fuego del amor, y, finalmente, ha de juzgarle el último día. Por todas estas razones la palabra de Jesús era espíritu de vida. Había en ella un fuego misterioso: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur?* Era omnipotente: *Si verba mea in nobis manserint, quidquid volueritis petetis, et fiet vobis.* «Si mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será concedido.» Las palabras de Jesús salían de su boca como los rayos salen del sol, para disipar las tinieblas interiores. *Erat lux mundi.*

Esto mismo debemos ser nosotros para con el prójimo: *Verbum Christi*, la palabra de Jesucristo. Esto fueron los Apóstoles, y también los primeros cristianos: el Espíritu Santo hablaba por su boca en presencia de los paganos. San Pablo decía á los fieles: «Que la palabra de Jesucristo more en vuestros corazones.» *Verbum Christi habitare in cordibus vestris.*

Es, pues, necesario oír á Jesucristo que nos habla dentro de nosotros mismos; comprender y repetir la palabra interior de Jesús, oírla con fe, recibirla con amor y respeto, y transmitirla con fidelidad y confianza, con dulzura y fortaleza. Pero por desgracia ¡qué poco nos hemos inspirado hasta aquí en la palabra de Jesús, sino en nuestro amor propio ó en nuestro afecto natural al prójimo! Por eso nuestras palabras son estériles, inconsideradas y con frecuencia culpables.

IV

Todos las obras de Jesús eran inspiradas, y aun los más leves accidentes de sus acciones regulados por el Padre celestial: *A me ipso non facio quidquam.* «Por mí mismo — dice el Salvador — no hago cosa ninguna.» Nuestro Señor cumplió literalmente en todo la voluntad de su Padre.

Este es el deber del verdadero siervo de Jesucristo, del alma que se alimenta de Él y le recibe con frecuencia. ¡Inmenso honor es éste, tener á Jesús por Señor, verle que se digna dirigirme en todo, inspirarme hasta en los más leves accidentes de mis obras! ¿Por qué no he de hacer, ya que soy su discípulo, lo mismo que él hace, como Él y con la

misma intención que Él? Si así obráramos, obtendríamos libertad, paz y la unión con Dios; no nos concentraríamos en nuestras obras, sino permaneceríamos en Dios mientras estuviéramos trabajando exteriormente; no ligaríamos nuestra voluntad sino á la voluntad del Señor, como el siervo á quien se dice: «Ven,» y viene; ó «vete,» y se va.

Pero esto supone un trastorno en el gobierno, en la clave, en la norma de nuestra vida; supone una revolución completa que encadene y crucifique al hombre viejo; es necesario que dejemos á Nuestro Señor la dirección de nuestra vida y que nosotros nos contentemos con obedecerle.

Con este fin viene á nosotros. Sin este abandono de nuestras facultades, de nuestra voluntad, de nuestra actividad, Jesús no vive en nosotros con una vida actual. Nuestras obras siguen siendo nuestras, y de escaso mérito; estamos unidos con Él mediante la gracia habitual, mas no por el amor actual, vivo y eficaz; no podemos decir con verdad y según su profundo sentido: «No soy yo el que vivo, sino Jesús es quien vive en mí.» *Vivo, jam non ego; vivit vero in me Christus.*

